

Nihilismo (Cap 1)

Daniel Vasquez Salas



Capítulo 1

I

Cuando llegaran los guerreros celestiales armados de lanzas y obsidianas, un ornamento, arcos y flechas. Oh, compañeros, donde estarán, denunciados, pisoteados, ahorcados por el trabajo. Indios desnudos, envueltos de pétalos antiguos, flores negras, tallitos espinosos, un aroma de las profundidades. En esta baldía plaza, camino solo, me acorralan las ruinas de una ciudad maligna y eterna, quisiera ver a mi derecha, donde unos hombres venden tickets de lotería, o alquilan llamadas telefónicas, algunos ambulantes al paso, un viejo canoso con una biblia en mano, los multinegocios, jr. de la Unión, acableados peones de la megamáquina, revueltos, estudiantes empecinados a su progreso; quisiera que se incendie y quede polvo, ceniza, carbón, Nada. "Por qué tenemos que robar", me hincaba la angustia perpetua, un poderoso relámpago del horizonte perdido. Un gran y volcánico terremoto interior, parecía que el espacio se distorsionase, tiemblan las manos, los nervios, la infancia renace, el olor del árbol de mora, no, Daniel, la silueta de mamamarci con la limonada en sus pulcras manos en medio del sol. "Somos pobres, maldita sea, somos pobres.." Ayer, seis de la tarde, parque interior de dos plantas en Benavides:

—Disculpe, señora, vengo hacerle una entrevista, soy de la universidad Telesup, mire, mi credencial. —Malditos folios, fichas, copias de trámites, cuando abandoné la universidad —Mi entrevista es sobre qué opina usted de los venezolanos que llegan con antecedentes policiales, incluso penales, el periódico LERD señala al 20% de los migrados.

—Jovencito, una pregunta, acaso es, un tema extenso. —Que alegre, un lunar le sobresale bajo la oreja, tiene mucho dinero, tiene mucho. —Mi hermana contrató a un venezolano para pintar la casa, mire usted..

—Señora, entrégueme su cartera. —Alonso aparentaba vender alfajores, desenfunda un arma, apunta a la barriga de la vieja crespita, arrancha su cartera. Cuestión de segundos, Alonso, tranquilo.

—Hey, no le haga nada, tome, tome, tome mis cosas. —Le entrego mi cámara y mi celular. Cara de maldito, Alonso, cuándo lo aprendiste, eh. Sin ningún remordimiento, sube a la segunda planta del parque, se pierde entre la oscuridad.

—Dios santo, maldito delincuente

—¿Señora se encuentra bien? —Le cogí del brazo, me entra el sigiloso miedo, hago mi teatro.

—Dios mío, menos mal no me ha pasado nada. No me importa el dinero, tenía algunas fotos valiosas. Dios mío.

—No pasa nada, señora, está bien. He perdido mi teléfono, mi cámara, yo estudio periodismo. Maldita sea, señora.

—Ay, hijito. Dios, qué susto. Dónde están los serenazgos.

—Estamos muy cerca, avisemos o hagamos la denuncia. Esto no puede

estar pasando. Hay niños en este lugar.

Nunca en mi vida sentí un fuerte y justificado deseo de suicidarme. Afirmo, sin esas ansias de expropiar, la ansiedad de saborear profundidades desconocidas, me habría quitado la vida. La gente seguía pasando a mi alrededor, siempre estarían yendo de un lugar a otro, parejas de muchachos, padres y madres, un grupo de estudiantes universitarios, otro grupo de escolares, señoras cansadas como mamá, niños vendiendo caramelos, oxidados uniformados y detestables hombres de saco, corbata portando libretas, libros, relojes brillosos. Monólogos en mi cabeza, recuerdos perdidos, fuertes y estridentes gritos. "¿Dónde estarán ellos, los guerreros, los secuestrados?", me quejaba y recordaba a los compañeros presos al rededor del mundo. Esa sigilosa angustia depositada en los gorgoteos, luego, la naturaleza y sus hijos asesinados por la mano humana. Como muchas veces, me abrazó aquel maligno, una pulsión, un golpe de mi cuerpo, algo extraño, una sensación: el anuncio de la muerte. "Antes de suicidarme, robaré y quemaré unas cuantas cosas", nada ya tenía, reconocerlo me costó el límite de mi salud y mis relaciones sociales.

—Aquí está la caseta del serenazgo, señora. Me siento en pánico, necesito comprarme una pastilla para bajar mi temperatura. Tengo un poco de fiebre.

—Te ves pálido, hijo, ve, compra tu pastilla. —Que amable la señora, me recordaría a alguien, unos cuarenta años, la cartera brillante le llamó la atención a Alonso.

—No tardo mucho, señora, le dejo mi chompa. —Una chompa vieja que compramos en la cachina.

Torcí por el pasillo por el que ingresamos, calculado, sin cámaras, sin peligro a la vista. Alonso cruzó los jirones entre los edificios y departamentos estrechos, se cambiaría de ropa como acordamos. Despistar. Recuerdo, desplazándome a comprar unos libros baratos en Quilca, preocupado. "Espero estés bien, hermano", el maligno apuñalando, la tensión la gravedad no existe, el tiempo se acelera, al cien mil por ciento de los sentidos. Alonso comprando un emoliente.

—Todo bien, mano. —Un venezolano con cara de moribundo.

—Sí. Te has tardado un poco.

—Dónde está Sandro.

—Se fue a comprar una chata de ron. Ha ido todo bien. Tenemos lo suficiente.

—Bien, carajo. Valió la pena.

—Tú, pues, que te preocupas mucho. Putamadre, esto es fácil. En mi barrio es pan de cada día, no, de cada noche.

—Ja,ja,ja. Eres un malnacido. —Golpes en el homóplato.

Alonso odia al Estado, a su policía, a su mediocridad e indiferencia costumbre de los ciudadanos modelo, es entendible; su promoción del colegio y del barrio viven en la cárcel de Chíncha o Luri, recuerdas, Daniel,

Alonso marchando vestido completamente de negro, al lado Roberto, Diego, y otros disidentes, destrozando los adoquines de Grau, las avenidas de Alfonso Ugarte. "Buenas épocas", luego beber o fumar y compartir vidas.

—Qué cambios, no, Alonso. Por donde vayamos siempre el espíritu incendiario.

—Así es, así debe ser. —Por qué estabas tan jodido el año pasado, hermano, recuerdo.

La vocación de insumiso se cuida como un negocio ilegal, se educa como a un hijo, se planta una semilla, se le alimenta, unas horas al día, siempre, de abono, agua pura; crece la hierba, grande, fuerte, indestructible, la maleza no es peligro.

—En que estará Diego, Fabricio, los del cono este.

—En nada, pues, seguro politizando a las masas.

—Que cagada, y yo que creía que era el más débil. Putamadre, que estupidez la mía al compararme. ¿Debo juzgarlos? Pero, cuál es esa puta necesidad de seguir un ideal, Alonso.

—Te equivocas, tú no eres débil, ellos lo son. —Sorbía de pico la botella.

—Viste, Sandro, como es la nota. Fácil, es cuestión de psicología y estrategia.

—Pa' la mierda, creí que no volvería nunca más ver a Alonso, ja,ja,ja; que malditos. Carajo, quiero hacerlo yo. —Sandro se sirve el ron para el friecito.

Mi amigo con sus jeans rotos y sus zapatillas de Joey Ramone, saltando y golpeándose en los conciertos de las sucias lozas de skateboll de Villa el Salvador, su cresta de indio piel roja blandiendo como espada, decenas de chiquillos borrachos alrededor. Alonso bailando con una muchacha bonita, su risa china coqueta, sus pómulos engordaban como las películas románticas, luego, Alonso y Sandro en las ferias pobres de los anarcopunks avejentados, inmovilizados. En el legendario enrejado Salón Imperial, no nos dejaban entrar, cuatro soles en el bolsillo, exacto para el pasaje y un poco de caña del tío sepita. Alonso charlando y jodiendo al Fakir, un rapero peruano que admirábamos en la adolescencia. "Un rojo como cualquier otro", mueca de angustia, un poco. Piensa, monólogos interminables, no es tu amigo, ruido metálico, es tu hermano. Alonso cantando, tocando guitarra, discutiendo con Rolando.

—La insurrección debe llegar a Lima, debe llegar ya. —El alcohol me afectó.

—Ya estás borracho, amigo. —Sandro infeccioso, incómodo de ir en bus a casa.

—Ya llegó, bueno, falta, un poco más de fuerza y organización. —Alonso temple, inmóvil, con los ojos bien abiertos.

—Tiene que llegar, es la única jodida cosa que me importa ahora.

—¿Mañana qué haremos?

—No lo sé. Nada, supongo, estoy jodido de los nervios hoy. Un poco.

—Para eso, Dani, salgamos, por allí, un par de tragos expropiamos.

—Quiero leer. Las células de fuego azotan el mundo desde fines del dos mil siete. El Estado griego le ha señalado más de ciento cincuenta ataques, entre robos o directos.

—A la mierda. Delincuentes netos.

—Ala, conchesumadre. Tú, Daniel, quieres cagar a todos, no. —Sandro con la expresión vacía. —Era para bajar en Surquillo y jalar unos tragos.

—Reivindican robos múltiples al mes. Puta, para mi que viven de eso y se pantallean con trabajos mediocres. —Le miré a Sandro. —Tenemos esta huevada de Limber, así que debemos irnos tranquilos a casa y no llamar la atención.

—Esa es pues, no puedes abarcar todo. Estudiar o estudiar el ilegalismo.

El bosque llora, el mar y sus crías braman, hay un color azul que me atropella, un color negro bajo el sol; el bosque sigue llorando, sus pilares, sus árboles, los primates desnudos y nuestros hermanos de la arrinconada selva defendiendo con sus vidas el avance tecno industrial. El control a las masas se eleva como nunca visto antes. Dejando tras de sus progresos solo miseria, muerte y envenenamiento. El bosque llora, mi espíritu luego de la ceniza dialoga con los muertos. Cansado de hablar con el pueblo llega el abismo, caeremos precarios y sedientos de muerte, de destrucción; el amanecer de la Nada, filas enormes de militares, policías; desesperanza bajo la noche oscura, la luna pariendo monstruos; la benzina, las armas, y los golpes, el abismo llegó a Perú.

—Severino Digiovani y los expropiadores exiliados hicieron el cagadón en Argentina.

—Eran otros tiempos, tío, esta mierda de tecnología. Por todos lados cámaras, por todos lados control policial con sus malditos teléfonos. —Le respondo a Alonso.

—Los terratenientes argentinos creyeron que los migrantes europeos eran simples mulas de carga.

—Llegaban bandidos de la más alta alcurnia. Digiovanni estará orgulloso de nosotros en la completa Nada.

—Esta mentalidad de mierda.

—Están jodidos los dos, me abro, me voy, no pueden ser mis amigos.

—Sandro reía, bebiendo más ron.

Mi vida estaba jodida, no podía vivir así, esa monotonía, la rutina de estudiante, de obrero, de obediente. Pedro me propuso hacer un atraco, esta vez, con carro de mi amigo Renzo. "Carajo, Pedro, me vas a matar, negro de mi vida". Y camino en Plaza San Martín, veo los fantasmas, la negación del presente. Viejos obsoletos en semicírculo discutiendo de política. Este nuevo proyecto es el más peligroso, hasta ahora, me angustia morir, y también lo deseo. "Debería decir no, me conozco lo loco que soy." Falta poco para mi cumpleaños, pienso, número veinticuatro. Aquí batallábamos contra la policía grasosa. "Me hago viejo". Por qué seré tan profundo, por aquí paseaba con Celeste, y Alonso haciéndose el loco con Érika. Camino por donde solía andar antes de abandonar la carrera de derecho. "Estabas bien jodido, estabas muerto en vida", cómo empezó

todo, me siento aún confundido, solo, en pasos glaciales. El robo tiene sabor a muerte. Cómo empezó todo..